

***El viajero y la memoria*¹ de Fabio Martínez**

Juan Carlos Romero

Candidato a título de maestría en Literaturas
Colombiana y Latinoamericana
Universidad del Valle

El ensayo como género literario se me asemeja a un ejercicio de equilibristas. Guardar la distancia entre el comentario y la especulación, entre la opinión y la razón, entre el juicio y el fundamento son los complejos vericuetos por donde transita el ensayista.

El Viajero y la Memoria, es una obra literaria de cinco (5) ensayos en los que el autor, el Doctor Fabio Martínez, analiza minuciosamente el recorrido histórico, filosófico y estético de la literatura de viaje en Colombia. El texto recibe al lector con dos citas contundentes: Una, retomada de *Cien años de soledad* y la segunda de *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama. Ese inicio marcará la característica general del libro: Un dialogo abierto y sincero entre lo consagrado y lo oculto, entre lo conocido y lo anónimo. De esta consideración binaria, el escritor configura todo un discurso recursivo, erudito y por sobre todas las cosas, preciso.

Aprovecha el texto el profesor Martínez para hacer conjeturar sutilmente aspectos diversos y complejos. En sus líneas se analizan temáticas de las más diversas procedencias: la literatura en este caso se compromete hermenéuticamente con la historia, el arte y la filosofía a partir de un único referente: el viajero y la construcción de su memoria.

Para ser consecuente con lo que el texto sugiere, es decir, tal como uno reconstruiría su propio viaje, a continuación plantearé cinco estaciones, que facilitarán el tránsito general de la literatura de viaje en Colombia y su particular concepción del autor.

¹*El viajero y su sombra. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*. Programa Editorial Universidad del Valle, Cali

Estacion primera

Cronológicamente el inicio fundacional de nuestros procesos literarios los ubica el autor en el descubrimiento de América: “El descubrimiento se realiza en dos etapas, por decirlo de alguna manera: primero se establece en el terreno de la imaginación, luego en el terreno propiamente dicho de apropiación del espacio real...” (23).

La aventura del Genovés a juicio del ensayista, no es un hecho aislado. Colón es el heredero natural de Ulises, Virgilio y Marco Polo. En él se conjugan las ganas de aventura y la convicción en el imaginario religioso dominante: el Teocentrismo. Con el descubrimiento se comienza a tejer una nueva visión del mundo. Se plantea, a juicio de Martínez, una construcción de la alteridad muy particular; se construye al otro desde la distancia y la exclusión. El resultado de esto es la compleja herencia cultural de la interpretación binaria de las cosas: no se admiten matices, es blanco o negro, europeo o salvaje y todo esto a la luz de la cruz, la espada y la lengua, herencias innegables y perennes de los europeos.

Lo interesante de esta aproximación pasa por la clasificación que el autor retoma de los tipos de viajeros que hay y de sus diferentes categorías y cómo esto se relaciona con la irrupción de la etnología y su papel. La literatura descriptiva y su pretensión mimética es considerada como antecesora de toda la carga subjetiva del dominio religioso de nuestro proceso fundacional. La hermenéutica como metodología interpretativa del autor se ve desde el inicio como factor relacional de las temáticas que se entrecruzan: Durero y su pintura, al atlas de Mercator y su clasificación, Verne y Conrad como paradigmas literarios y el reconocimiento a José Celestino Mutis como la primera huella de la literatura etnográfica en Colombia y su trabajo interpretativo consecuente con su función clasificatoria y nominativa de la exuberante flora y fauna del nuevo continente.

Estacion segunda

Ante los cambios epistemológicos que ha traído consigo el descubrimiento del nuevo mundo, el paisaje como representación es analizado agudamente por el autor a fin de aclarar su hipótesis: “La novela de viaje en Colombia surge con una figura de alteridad” (63).

La figura desolada y triste del poeta José Asunción Silva va a favorecer la literatura nacional con la inauguración de la primera novela de viaje de Colombia: *De Sobremesa*, escrita en 1896 y publicada veintinueve años después (1.923), y hoy es reivindicada por el profesor Martínez no sólo como la precursora de un estilo literario sino de lo circunstancial que rodea la obra: novela escrita por un poeta, manuscrito perdido en un naufragio, reescritura misteriosa tres meses antes del suicidio del bardo bogotano. Sin lugar a dudas toda una premonición de lo que en el futuro será no solo la literatura de viaje en Colombia, sino de la literatura nacional en su conjunto.

La alteridad como estadio conceptual comienza a delinear en la novela de Silva la figura del viajero escindido: ambiguo y dual, brillantemente el autor detecta valores indiciales que le permiten teorizar ciertos aspectos del perfil de Silva: el arte, el amor y la muerte, son toponimias constantes que se confunden entre el héroe literario José Fernández y el atormentado escritor bogotano. La interesante variación de esta alteridad se contrasta en *La tejedora de coronas* con la bruja de Germán Espinosa: Genoveva Alcocer, quien comienza a integrar la construcción del otro (europeo) a partir de la imaginación. En un interesante contraste se compara el desgarramiento de Fernández/Silva ante su ambigüedad frente a la transgresión irredente de la bruja Genoveva.

El paisaje como telón de fondo igualmente se va modificando. En esta instancia el escritor desempolva reliquias literarias que en este contexto se vuelven cruciales y vitales: la figura de Manuel Ancizar y su *Peregrinación de alpha*, como pionero de la nueva cartografía social, es antes que otra cosa una justicia histórica con los anónimos valores ocultos de nuestra joven tradición literaria.

Este preámbulo es apenas adecuado para la irrupción de la selva como un escenario complejo y agreste en donde se augura un viaje complejo y difícil: el de Arturo Cova y su Alicia en *La vorágine* de la selva colombiana.

Esa relación selva/muerte se manifiesta en la obra de Rivera como toda una revelación del nuevo paisaje colombiano. Si con la figura de Manuel Ancizar se da un inicio de reconocimiento de una nueva geografía colombiana, con Arturo Cova se consolida la imagen de violencia

y muerte que este *viajero infernal* padecerá al ser devorado por la manigua. El Eros y el Tanatos se expresan libremente en estas tierras jóvenes como respuesta de la naturaleza contra quienes osan o pretenden dominarla.

Tercera estacion

El profesor Martínez va trazando un recorrido lógico y preciso del panorama de la literatura itinerante en Colombia. Este panorama se va completando con la figura del *Viajero pensador o viajero orientalista*. Esa condición es la materialización del nuevo escenario que la geo-grafía y sus componentes (geo-lingüística, geo-cultura y geo-política), como organización derivará en la ciudad: la megalópolis, como nuevo territorio susceptible de viaje. Si la selva configura: colono/colonizados, como figuras antagónicas, en la ciudad colombiana esta figura dual se representará a partir de los opuestos: liberal/conservador, conflicto que se inaugura con el magnicidio del líder político Jorge Eliécer Gaitán. La ciudad colombiana se constituye en sintonía con la concepción binaria dominante como el centro del crimen y de la injusticia social.

La respuesta a este esquema es el Viajero Iniciático o el Viajero Orientalista, el que se orienta, el que sabe qué quiere y por ello busca incesantemente. Desde esta perspectiva se inauguran nuevas sensibilidades, hay unos universos nuevos por descubrir unos felices otros no tanto.

“El círculo completo de la alteridad se establece cuando el viajero regresa a su entorno y lo enriquece a través de su experiencia de vida y de lo que ha aprendido” (130) Este principio incluso parece autoreferencial al autor del libro. Las fugas, la estrechez de fronteras visibles e invisibles, son las fuerzas que empujan a los colombianos a vivir sus propios viajes o periplos, siempre ilusionados por el mito del eterno retorno. Es en este contexto donde el autor realiza un inventario literario, el cual da cuenta de obras como: *Viaje a pie*, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, *El buen salvaje* que constatan esa particular figura que el autor ha denominado: *La figura de afuera*.

La iniciación es una transformación interna, se inauguran otras formas de vivir y de entender el viaje, es así como incluso surgen figuras como

Maqroll, el Gaviero, viajero de ninguna parte, o como *El Mensajero* de Barba Jacob, aquel que ha renunciado a su patria y a su nombre y lo único que lo acompaña como gran capital, su poesía, que reside en su imaginación y nunca lo abandonara en su descenso hacia el infierno.

Estacion cuarta

Con la muerte del Libertador por el río que significó para el país la imposibilidad de crear un proyecto nacional, parece ser que algo se rompió en nuestra cultura, dando pie a la búsqueda de nuevos espacios y cartografías, y a las fugas permanentes de identidad en busca de nuevos campos del espíritu... (173)

La eterna complejidad cultural del pensamiento colombiano es resumida por el autor en las figuras de la pirámide y el laberinto. Si bien las culturas pre-colombinas se acogieron al esquema piramidal, vertical, cerrado y fácilmente asimilable, la oposición a este esquema propuso el Laberinto como alternativa. Se cambia la fuerte orientación vertical por la ambigua aceptación del error por los vericuetos del laberinto eterno, en donde solo hay dos salidas: perderse o morir devorado por el minotauro.

Ante este dilema, el último viaje del Libertador por el río Grande de la Magdalena es recogido por el profesor Martínez, en tres obras que certifican el triste destino del hombre fracasado, que se dispone a morir en las ambiguas paredes del laberinto: *El último rostro*, de Mutis, *Las cenizas del libertador*, de Cruz Kronfly y *El general en su laberinto* de García Márquez, son relatos que demuestran la triste opción de la condición humana, encarnada en nadie más ni nadie menos, que el Libertador, esbozado en el texto como una especie de *viajero infernal* que se dispone a confrontar el encuentro definitivo.

Estación quinta

El viajero infernal en su descenso hacia el *Hades* da cuenta de su fatalidad reflexionando sobre el papel que juegan: la muerte, el infierno y el viaje como tal.

Histórica y culturalmente hablando las diferentes representaciones que se han hecho del viajero infernal coinciden con uno de los mitos mas

recurrentes en la literatura universal e hispanoamericana: “el hijo que busca a su padre y en esa búsqueda termina en el infierno...” (215)

La referencia literaria ofrecida por el autor reposa en el texto; *Mambrú*, de RH Moreno Durán. Ahí se materializa esta condición de la búsqueda y la muerte, este doble juego del espejo y de las lecturas de la muerte.

Finalmente quiero destacar que la calidad de este texto ya ha sido resaltada y reconocida a nivel internacional al concederle el *Primer premio latinoamericano de ensayo René Uribe Ferrer*. Dicho honor, exalta al profesor Martínez por su intensa obra que dialoga con la tradición literaria universal e hispanoamericana, dándole de hecho una nueva interpretación a la historia misma: resignificándola.

Al maestro Martínez se le debe reconocer el valor de hacer luminosas y actuales obras y autores como: Manuel Ancízar, Fernando González, Arturo Echeverri Mejía, Porfirio Barba Jacob, José Asunción Silva, Eduardo Zalamea Borda, entre otros.

Los invito a leer y releer *El viajero y la memoria*, confiado en que trabajos como estos no son sólo necesarios sino urgentes para construir el mapa literario colombiano. El viaje, tal y como lo plantea el autor, no es otra cosa que una aventura de la imaginación que tiene consecuencias en la materialización de la memoria, insumo fundamental para la conformación de los pueblos.